

los disgustados, pero el astuto D. Alvaro que tenía unas narices muy finas para eso de olfatear conjuraciones, dió con el escondido hilo de aquella tela y sin andarse con escrúpulos de ninguna especie, sepultó en una prision al infante y desterró haerrojó y persiguió á cuantos pudo encontrar.

Desbaratados aquellos tempestuosos nubarrones que principiaban á enlutar el horizonte de Castilla, sobrevino de nuevo otro turbion mas fuerte.

A instancias del rey de Aragon fué puesto en libertad su prisionero hermano y este en señal de enmienda, formó segunda vez su liga y uniendo á ella no solo lo principal de la nobleza, sino á la reina doña Maria y al príncipe de Asturias que despues fué llamado D. Enrique el Impotente; principiaron los motines, las rebeliones y asonadas. Pero como la ambicion es un monstruo muy sutil que se introduce en casi todos los pechos, desunió la urdiembre; se separó por esta causa el jóven D. Enrique consiguiendo unirse con su padre; y D. Alvaro para acabar de una vez, despues de un pequeño descabro que sufriera en su privanza, se vió mas alto de resultas de la sangrienta batalla de Olmedo, donde fueron destrozados los rebeldes estandartes.

Este segundo golpe de mano, hizo que todos masticasen con humildad la vuelta del favorito. La Reina Doña Maria murió, el hermano del rey de Aragon se marchó desengañado y todo pareció que estaba en un estado normal. Como estos acontecimientos pasaron en poco tiempo; D. Alvaro, que como el lector verá no tenia pelo de tonto, quiso para agarrarse mas, echarla de casamentero y como hechura suya nos trajo de Portugal una princesa muy bonita y ladina, la que por efecto de unas segundas nuncias del bueno de D. Juan el II se llamó la Reina Isabel.

Mal gesto puso el príncipe de Asturias y peor catadura la nobleza, al ver el uno tanta condescendencia en su padre y la otra tanta debilidad en su rey. Estas nuevas cosas atronaron todas las cabezas, despertaron las amortecidas pasiones, dieron origen á nuevas alarmas y á temores de una guerra civil; por lo que el pueblo, los grandes y aquella

falanje de aventureros que invadian á Castilla, prepararon sus armas y esperaron el momento de la conflagracion.

El desenvuelto D. Enrique estaba ya como se suele decir vulgarmente, con la sangre subida á la cabeza y es seguro que padre é hijo hubieran venido á las manos, á no haber existido buenos obispos y prelados que transigieron el negocio, pero este calmante inesperado que parecia cicatrizar ó reprimir los dolores de aquella llaga, trajo en si una reaccion verdaderamente maravillosa. D. Enrique abandonó á los malcontentos, obsequioso, obediente y sumiso á la voluntad del Rey su padre, se alistó voluntariamente para combatir á los rebeldes; favoreció el arresto, la persecucion y muerte de los nobles que se pudieron hallar desprevenidos y haciendo la amistad con su madrastra; todo pareció marchar á las mil maravillas.

Tal era la situacion en que se encontraban las cosas cuando nosotros referimos los acontecimientos que van á dar lugar á esta novela, por lo que creidos, que á pesar de ser espasiosa la senda llegaremos á su fin; esperamos dar cima á esta esplicacion histórica, persuadidos de que en ella se encontrará el espíritu que regirá las acciones de cada uno de nuestros personajes.

Por lo demas solo tenemos que decir; que el lector habrá comprendido perfectamente que el Príncipe D. Enrique estaba enamorado de Doña Beatriz; que Doña Beatriz estaba enamorada de D. Juan; que D. Juan era uno de los enemigos de D. Alvaro de Luna; que D. Alvaro de Luna estaba en el mas alto favor del Rey y de la Reina; que la Reina estaba enterada de los amores de su dama de honor; y últimamente como quiera que estuvo escondida presenciando las aventuras pasadas, tuvo el capricho, ú otro deseo mas poderoso, de hacer un prisionero, restándonos tan solo para concluir este capítulo lo que el lector no puede comprender porque no lo sabe. Esto es, que la pobre Doña Beatriz cayó desmayada al ruido del combate; que el conde de Miranda fué conducido á un calabozo del palacio, y que D. Enrique á una secreta orden de la Reina salió de Madrigal obediente como un corde-ro.

(Continuará.)